

Documentos de barbarie

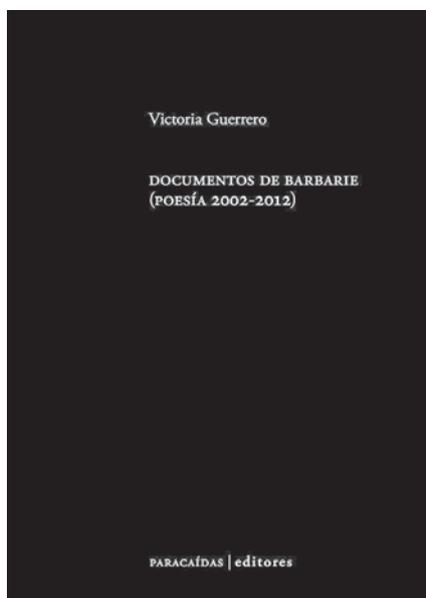
VIOLETA BARRIENTOS

A la barbarie oponemos cultura; a la sinrazón, razón; a la violencia, palabra. *Documentos de barbarie*, conjunto de tres volúmenes de la poesía de Victoria Guerrero da cuenta de esta tensión y de una etapa que redondea su trabajo poético (2002-2012). En su trayectoria, Guerrero tiene el mérito de mantener el espíritu de la poesía siempre vivo, contaminándolo todo con ella, convirtiéndola en performance y conciencia crítica de nuestro tiempo. La poesía no puede ser así un objeto obsoleto, ni un “vano oficio” —en sus acepciones de vanidad o inutilidad—, poesía y poeta arremeten e involucran al lector en lo personal y social, desde múltiples y novedosos recursos escritos y actuados.

La poesía de *Documentos de barbarie*, la de esta etapa que Guerrero cierra, transmite una disconformidad que parte de la autobiografía en varios aspectos; al decir biografía, me remito a la conceptualización de Leonor Arfuch: “Lo biográfico excede en mucho una historia personal”. *Documentos de barbarie* es así no solo el documento de identidad de una subjetividad sino también el de un tiempo y una sociedad. Poesía de nuestra época —pues en ella también se asimilan las tradiciones nacional y extranjera, los poetas nuevos como los consagrados—, que sitúa a Guerrero como una de las referencias imprescindibles de la tradición peruana actual.

Varias pautas se repiten en este libro: La familia como hilo conductor —las dedicatorias de tres conjuntos poéticos son para la madre, el padre y la hermanita—; la cronología del diario, es decir la memoria cotidiana —*Ya nadie incendia el mundo* y *Cuadernos de quimioterapia* guardan una secuencia en el tiempo, incluso fechada—; el lugar de enunciación infantil del yo poético, como si la explicación de todo presente para el sujeto tuviera sus raíces desde el “año cero” de su existencia, desde que el cordón umbilical, fuera “arrancado por la madre como una pita”. El yo poético que emerge del espacio cotidiano y autobiográfico, de alguna forma nos echa por tierra distintas ilusiones, el mito de la familia feliz o el de la migración hacia una sociedad de menos privaciones como un sueño a realizar.

Esta existencia que se inicia dolorosa y a la que no se garantiza redención, no es abstracta y universal, sino situada. Guerrero opta por Beauvoir y no por Sartre, para hablar de la existencia desde un cuerpo de mujer, con su sufrimiento



Documentos de barbarie (Poesía 2002-2012)

Victoria Guerrero
Paracaídas Editores
Lima, 2013
224 páginas

a cuestras y a sabiendas de que el cuerpo femenino es un territorio en disputa: “no tengo seno no tengo falo/ me han ungido como una niña ya qué más/” (*Cuadernos de quimioterapia*), un cuerpo además, situado en una sociedad occidental desarrollada y también subdesarrollada, hacia la que extiende su mirada crítica. “Contra todo poder mal habido/ Contra toda mirada de desprecio/ En las calles de Lima Madrid Berlín o Boston/ Ante esta pista de baile sobre la que han muerto muchos/ Yo me levanto en señal de respeto y ofrezco esta danza digna y poderosa” (*Berlín*). Esta perspectiva situada y crítica desde un cuerpo y una sociedad, tiene como antecedente la poesía de Carmen Ollé en la tradición poética peruana.

La voz infantil que resuena en *Ya nadie incendia el mundo*, juega en contrapunto. Es tanto la voz de un yo poético que busca la razón de ser remontándose a su origen y haciendo memoria para ello, como una voz indígena, la voz de los que son considerados “menores de edad” y que no pueden ser oídos sino cuando se someten a una voz rebajada, de subalternos: “otra vez ingresa la policía de los sueños / con su gorrita y borcegués/ y todos se van salen corrien-

do/ han huido/ han huido/ han huido/ y otra vez me han dejado sola/ solita en medio de una campo vacío”.

La disconformidad del yo poético se abre en Berlín con “Testimonio de parte” (desde Victorialand) en el que se abre una interrogante desde el propio nombre: “Me pregunto en qué momento mi nombre fue un puñal atravesado/ por ocho letras/ 8 letras redondas con sus vocales y sus consonantes agitadas”.

El exilio no parece ser tampoco una posibilidad que remedie la miseria del origen, la expectativa de solidaridad queda sin cumplirse y el mundo de la modernidad y el progreso es una realidad que no alivia, temas todos que han acompañado la fundación de nuestra poesía peruana en su etapa cosmopolita inaugurada con Vallejo: “Todos los aviones en los que has viajado quedan en el olvido/ (...) Ninguno de ellos te ha llevado a algún lugar utópico/ Sino a salas de espera donde no es posible encontrar/ un solo rostro amigo”.

El cierre del conjunto llega con *Cuadernos de quimioterapia*, el cuerpo naciente de *Ya nadie incendia el mundo*, se convierte aquí en un cuerpo enfermo y retado por la muerte, que poco a poco va perdiendo sus partes así como el yo poético parece perder la esperanza en que la poesía importe algo frente a la realidad material de los cuerpos: “La poesía/ la vida/ ¿Qué es lo que importa realmente?/ Nos rodean la media palabra y la enfermedad/ Los versos sublimes no nos han llevado a nada/ Y esto hay que decirlo/ No se ha salvado una sola vida con ellos/ Algunos suicidios han gestado eso sí”. La poeta dice: “Renovar la poesía —dicen/ ¿Qué diablos puede significar eso?/ Radiarla/ irradiarla/ quemarla/ mutilarla/ ejecutarla?” Aquí nos preguntamos: ¿es la poesía que debe morir o es más bien la sociedad la que está enferma y ya no puede asimilarla?

Documentos de barbarie nos remueve y nos reenvía a temas tanto locales como universales, nos lleva a preguntarnos sobre la modernidad y la barbarie de una civilización que se traga a sus hijos, luego de que la identificación entre modernidad y progreso se ha roto, nos confronta a la realidad material de nuestros cuerpos, hombre o mujer, y es constancia sin embargo, de la fuerza espiritual de la poesía, del poder que puede tomar forma en el poema, en la performance, en nuestros propios actos día a día.